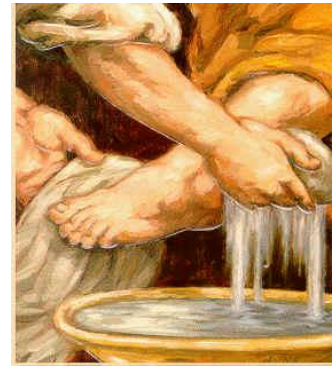


Jueves santo



Monición:

1

Muchas veces queremos enseñar el amor por medio de palabras. No nos damos cuenta que Jesús propone otro camino. Más difícil y comprometido, pero también más efectivo y cercano al sentir de Dios.

El amor se enseña a través del ejemplo. La vida pública de Jesús es una constante preocupación y actividad en bien de los demás. Jesús anuncia el Reino a través de gestos liberadores, haciendo presente el Reino en la vida de la gente de su tiempo, especialmente de los más sufridos, que son los preferidos de Dios.

Al acercarse el fin de su vida quiere enseñarles a sus discípulos que esto es lo más importante, lo que permite conocer a Dios, lo que lo anuncia y hace presente con fidelidad. El amor llevado a la vida práctica.

Evangelio: Juan; 13: 1-17

Jesús lava los pies de sus discípulos

Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase,

sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba,

se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó.

Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido.

Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?

Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después.

Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.

Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.

Jesús le dijo: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos.

Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos.

Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho?

Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy.

Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.



Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.

De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió.

Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.

Tiempo de silencio y meditación.

Oración sálmica.

Padre Dios, creemos que eres creador de todas las cosas y que te nos has hecho cercano en el rostro de tu Hijo, concebido de María Virgen por obra del Espíritu Santo, para ser nuestra condición y garantía de vida eterna.

Creemos, Padre providente, que por la fuerza de tu Espíritu, el pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre de tu Hijo, flor de harina que aligera el hambre del camino.

Creemos, Señor Jesús, que tu Encarnación se prolonga en la simiente de tu cuerpo Eucaristía, para dar de comer a los hambrientos de luz y de verdad, de amor y de perdón, de gracia y salvación.



3

Creemos que en la Eucaristía te prolongas en la historia,
para alimentar la debilidad del peregrino, y el sueño del que anhela dar fruto en su
trabajo. Sabemos que en Belén, la "Casa del Pan", el Padre Eterno nos regaló
en el vientre de María Virgen, el pan que ofrece a los hambrientos de infinito.

Creemos, Jesús Eucaristía, que estás real y verdaderamente presente
en el pan y el vino consagrados prolongando tu presencia salvadora
y ofreciendo a tus ovejas pastos abundantes y aguas claras.

Creemos que los ojos se engañan al ver pan
y nuestra lengua se equivoca al probar vino, porque estás Tú todo entero,
ofrecido en sacrificio y dando vida al mundo, de paraíso siempre hambriento.

Aquella noche del Cenáculo, al tomar, Señor, el pan y el vino entre tus manos,
estabas ofreciéndolos a todos, por los años y siglos infinitos.



Contigo, Cordero de la Alianza, se elevan en cada altar,
donde te ofreces al Padre, los frutos de la tierra y del trabajo del hombre,
la vida del creyente, la duda del que busca, la sonrisa de los niños, los proyectos de
los jóvenes, el dolor de los que sufren
y la ofrenda del que da y se da a sus hermanos.

Creemos, Señor Jesús, que tu bondad ha preparado una mesa
para el grande y el pequeño, y que en tu mesa hermanos nos hacemos
hasta dar la vida unos por otros, como Tú lo hiciste por todos.

Creemos, Jesús, que sobre el altar de tu sacrificio,
recuperamos la fuerza de una débil carne,
que no responde siempre a los anhelos del espíritu, pero que Tú
transformarás a imagen de tu cuerpo.

Creemos que en la mesa preparada para todos, siempre habrá un lugar
para el que busca, un espacio para el marginado de la vida,
superando los signos de la muerte,
inaugurando cielos nuevos y una tierra nueva.

Creemos, Jesús, que no has dejado a tus hermanos solos, permaneces discreto en el sagrario de la conciencia y en el pan y el vino de tu mesa, como luz y fuerza del débil peregrino.

Creemos, en fin, que en el casi comienzo de este milenio, te haces compañero en el camino. "Remar mar adentro" es la consigna, en este momento de tu Iglesia, para construir, llenos de esperanza, una nueva etapa de la historia. Gracias, Jesús Eucaristía, por impulsarnos a una Nueva Evangelización por Ti fortalecida.



Que tu Madre acompañe a los que aceptan vivir y anunciar tu Palabra, y que su intercesión haga fecunda tu semilla.
AMEN.

Compartimos la fe.

Gesto fraterno.



Hemos leído en la monición inicial que "El amor se enseña a través del ejemplo", por eso nosotras ahora vamos a acercarnos a la jarra y la palangana y nos lavamos nuestras manos, como señal de que queremos dejar todo lo que nos aparta del verdadero Amor, y decimos o pensamos en este día del amor fraterno nuestro compromiso de servicio y amor a los demás.

Padre nuestro.

Oración final.

Te pido, Señor Jesús, que escuche tu voz para ponerme al servicio de los que más necesitan de mí.

Espíritu Santo, concédeme el don de comprender que, para seguir el camino de Jesús, he de salir de mí mismo, superar mi amor propio y también mis deseos e intereses. Amén.

